

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

QUIEN Y QUIEN ANTONIO MACHADO, EL MIO

SOLIA pensar en Antonio Machado, pero no como pienso ahora que me siento alejado de mi país. Ahora lo pienso con su dolor. De los poemas de Machado que más influencia tuvo para mi formación es aquél que dedica a la muerte de don Francisco Giner de los Ríos. Edificado en el dominio de lo solariego nacional, en idioma que por la circunstancia alcanza a América, nos hace sentir el ejemplo de la vida grande del maestro grande, por el que Antonio Machado pide que resuenen yunque y no campanas.

Señor de los poetas españoles, su poesía se agiganta porque la supo respaldar, en el momento de las definiciones, con una conducta insobornable. Poeta y hombre, hay que ver en él lo que como faro de luz limpia y clara significa en la noche del mundo.

La sencillez de su poesía honda y amorosa, su perfecto dominio de lo propio, su responder a lo inmediato, sin intermediarios, la coagulación, en pausas y entrelíneas, del silencio de Castilla, el enojado secreto de su magia verbal, sobremesa para dioses, todo esto es Antonio Machado en proyección futura.

Sus pies calzados de silencio, sus manos de tiernos dedos de hombre bueno asidas al cayado de peregrino, sale de España con el dolor esperanzado del Cid, y no vuelve a ver las torres,

no vuelve a ver los campos, no vuelve a ver los puentes en que los bravos ríos crecen, porque todo eso lo lleva con él, va de camino con él.

No se afinará lo bastante el oído para alcanzar o distinguir, y ya es tiempo, en los escritores, lo auténtico que es lo popular elevado a la categoría artística. Afortunadamente en Antonio Machado esta categoría va tan a flor de sus poemas que casi no precisa señalarse. Luce, vive, canta, es uno de esos lujos que se gasta el pueblo.

Por la poesía de Machado fluye lo que vive para morir, nada de esos mitos eternos, y que suspende su heracliteana fuga para respirar en el poema la soberanía del momento merced a la gracia de que el poeta la unge sin disgregarla del mundo. La intimidad guardada por la severa arquitectura de las estrofas, llega a ser atmósfera, y años y lenguas parecen cabalgar por ellas enmudeciéndolas. Si, por momentos, todo enmudece en la poesía de Antonio Machado, pero acercado el oído nos damos cuenta que es sólo una variante en el vibrar del verso. Es el enmudecimiento de los elementos que atesoran y guardan en sus moléculas de silencio, la música de los astros.

Antonio Machado, el mío, es este que he querido sacar de mi corazón para pintarlo en el papel de homenaje a su inmor-

tal figura. «Vivir por entero», aconsejaba, porque él en su existir y en su fabulación poética no fue más allá de lo que tiene la medida del hombre, y en su muerte tampoco tuvo otra medida. «Creo en mí, dice en una carta, creo en cuantos hemos vuelto la espalda al éxito, a la vanidad, a la pedantería, en cuantos trabajamos con nuestro corazón.» Su voz es humana en la entrega de una confesión que principia por afirmar que cree en él, sin pedantería, con la seguridad de que todos advertirán que un poeta cuando cree en él, sabe que cree en su sueño, en su fantasía, en lo que precisamente no es el «él» de los que no son poetas. Y agrega que los que trabajan con el corazón vuelven la espalda a lo falso, negativo, caduco. Y por eso es fuerte en su poesía. El corazón de que nos habla, es, además de su corazón, su gran esperanza. Se deja envolver por el símbolo, pero se queda con la vida. Vuelve el tema, al hombre. Comunica su mensaje lírico. Siente que es el sencillo portavoz de un testimonio. Y él mismo lo presintió: no fue fabricante de jaulas para grillos.

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

NORMA DE VIDA LA OFICINA DEL ESTOMAGO

CUANDO don Quijote aconseja a Sancho que sea mesurado a la hora de comer, da una razón estrictamente positiva y precaucionista: «Que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago...». Tal vez, en tiempos de Cervantes ya no era imprescindible enfocar la cuestión desde un ángulo «ético» a secas, y el hidalgo no mencionaba los riesgos que para otra salud, la del alma, comportase el pecado de gula. O quizás en el horizonte económico de don Quijote resultaba difícil de imaginar un cualquier exceso de glotonería: los menús rituales de su casa —el novelista los detalla sin compasión, al principio del libro— son de una modestia más bien triste. Pero la recomendación del caballero, sea por lo uno o por lo otro, tenía el carácter pragmático de una advertencia médica. Don Quijote podía prever lo que le ocurriría a su escudero, si la suerte le colocaba ante una mesa colmada y apetitosa. Sancho llevaba mucha «hambre atrasada», por decirlo así, y era lógico que se lanzase sobre los manjares sin cautela ni discreción. Las personas sensatas —y don Quijote, en tales y más asuntos, era perfectamente sensato— siempre han sido partidarias de la prudencia como norma de vida: como norma para alargar la vida, en última instancia.

Puede que en ello haya mucho de instinto. La mayoría de las especies zoológicas, en el trámite de comer, se comportan con una admirable circunspección. Cuando las circunstancias de ambiente no les son demasiado adversas, pocas veces se extralimitan en la ración y en la índole de los alimentos. comen lo que «necesitan», a su manera, y según la propia ley de

su biología. Para ellos —si vale la fórmula— «vivir» es «sobrevivir», y sólo eso. El hombre, en cambio, ha introducido un punto de «lujos» en esa misma fatalidad. Por supuesto, escribo «el hombre», y hago trampa. Durante milenios, nuestros antepasados tuvieron que resignarse a una sobriedad rayana en la indigencia, y aún hoy, en medio y al margen de la «opulencia» que se pretende generalizada, grandes masas de habitantes del planeta siguen viéndose las negras para nutrirse con un mínimo de eficacia. Esto es obvio. Sin embargo, en un sentido global, la humanidad ha superado el nivel de la mera esperanza de «sobrevivir», y procura sacarle a la «vida» un cierto rendimiento afectuoso. La noción de «voluptuosidad» podría servir para el caso. O cualquier otra parecida. No se come únicamente «para vivir», en efecto. La operación de comer adquiere un alcance «extra-metabólico», y se sitúa en el pequeño programa de los placeres de cada día. Más o menos.

El hecho es independiente de la calidad de los comestibles, incluso. No es indispensable que se trate de sustancias raras y caras. Buena parte de la gastronomía popular de todos los países se basa en recursos elementales, y se traduce en resultados muy meritorios, juzgados desde el paladar. No hará falta reconocer expresamente que las delicias aumentan de grado cuando en los platos concurren materiales gloriosos. Pero lo que cuenta, en el fondo, es que, humilde o egregia, la cocina constituya una maniobra suntuaria indiscutible: probablemente, la que en todo el mundo —y todo el mundo— practica con mayor constancia. Hemos de

pensar que, en épocas remotas, lo que llamamos «los orígenes oscuros» o cosas así, tuvo que producirse un genial esfuerzo de invención relacionado con la cocina. Al lado del ignoto «inventor» de la rueda, por ejemplo, deberíamos poner al «inventor» del asado: son dos momentos esenciales de la historia humana. Y el pan, y cocer verduras o pedazos de carne, y el vino, y el aceite, y lo demás: Salsas, frituras, condimentos. Detrás de la más simple sopa, del bocadillo más primario, existe una tradición de experiencia histórica tremendamente seria. Las recetas refinadas, sólo asequibles a bolsillos y gustos opulentos, no son más que una prolongación de lo otro.

Que la gente, por poco que pudo, comió con una avidez explosiva, lo demuestra la reacción de los moralistas. No hay religión, y ni siquiera moral laica, que no repruebe los abusos de la mesa. En el esquema cristiano, la gula era un pecado capital, como la ira, la lujuria o la pereza. Al condenarla específicamente, se la denunciaba como acontecimiento frecuente y pertinaz. Si la gula tenía una explicación teológica, o no, es un asunto que cae fuera de mi interés, ahora. El caso es que se la sancionaba con gravedad. Y resulta curioso notar que, en los reproches que los eclesiásticos dirigían al glotón, no sólo invocaban la injuria cometida contra Dios o la Ley Natural, sino que también subrayaban las malas consecuencias físicas que amenazaban al pecador. Los grandes comilones se veían condenados al infierno en la otra vida, pero en ésta, les esperaba la gota, los desastres gástricos, la vejez prematura, la hemiplejía y mil penas más. Y me temo que estas admonicio-

nes fueron las que obtuvieron mayores éxitos. Pero, de todos modos, la inclinación a la «buena mesa» se ha mantenido viva. La cocina, ya no sujeta a los reducidos cauces de la «super-vivencia», logró la autonomía de un arte. Y «la oficina del estómago...».

La Medicina ha puesto un poco de orden en este terreno. Y el miedo. La ciudadanía actual tiende a seguir un criterio de templanza en sus comidas. Sociológicamente, esto depende de muchos factores. Entre ellos, desde luego, no figura el designio explícito de evitar el pecado de gula. La dietética y sus regímenes garantizan la «salud», o, cuando menos, ayudan a facilitarla. Una especie de austeridad sistemática se impone. Y es voluntaria. Repito la reserva: todavía hay cantidades ingentes de hombres y mujeres que no comen lo que «necesitan». Pero, en los medios donde las condiciones son más afables, el vecindario se «abstiene» como nunca lo había hecho. La concupiscencia de la mesa, con todo, continúa conservando su pujanza, y de vez en cuando, se echa una cana al aire. Una sólida industria está montada sobre ello. Haría falta saber si, en realidad, la afición a los guisos delicados y a los sabores insignes es «natural» o bien un residuo «cultural». Hay sociedades ricas que comen mal: esto lo afirman los «gourmets» viajeros. Y comen mal, no por sordidez, sino por carencia de sensibilidad. Los individuos poco sensibles son fácilmente virtuosos... En definitiva, lo que cuenta es «la oficina del estómago»...

Joan FUSTER

vacaciones...!
PRIMAVERA-VERANO

VIAJES en avión:

Fantásticas VACACIONES, viaje en avión, traslados y hoteles, a fantásticos precios.

Salidas desde BARCELONA:

	PESETAS
CANARIAS: Una semana, desde	7.300
Dos semanas, desde	7.950
MALLORCA: Una semana, desde	2.000
Dos semanas, desde	2.750
I B I Z A: Una semana, desde	3.000
Dos semanas, desde	4.200
MEJORCA: Una semana, desde	2.650
Dos semanas, desde	3.775
RIMINI (Italia): Una semana, desde	6.975
Dos semanas, desde	9.350

SOLICITE PROGRAMA DETALLADO

VIAJES ECUADOR

AGENCIA INTERNACIONAL DE VIAJES (S.A.)

Via Layetana, 75 - Teléfono 232 66 90 - BARCELONA

32 OFICINAS AL SERVICIO DE NUESTROS CLIENTES

de Wald

auto-radio / cassette stéreo
DW 310

aproveche la carretera,
con de Wald...
¡KILOMETROS CORTOS...!

de Wald le sigue
ofreciendo toda la gama
de su AUTORADIO

SI CREE EN LA AMISTAD

y desea entrar fácilmente en relación con personas de su mismo u opuesto sexo. SOLICITE SIN COMPROMISO el folleto informativo «Relaciones Club» al Apartado n.º 486 de SABADELL (Barcelona). Le indicará cómo escoger amistades para:

- Compartir ideas, gustos, aficiones, etcétera. (También entre matrimonios o parejas)
- O con fin prematrimonial.

Envío bajo sobre cerrado sin remite. Adjunte 6 ptas. de sellos para franqueo.